

EDITORIAL

El destino ha hecho sucederse muy de cerca las fechas en que dos grandes músicos chilenos han terminado sus vidas corpóreas. Sólo quince días han mediado entre la muerte de Próspero Bisquert y la de Pedro Humberto Allende. Y tal evento que en cualquier sitio conmueve los ánimos, entre nosotros hace más honda aún la meditación al considerar que la cortedad de la historia musical de Chile, haciendo vivir a la vez y en lapso reducido a compositores de muy diferentes edades y tendencias, los ha mantenido sin embargo muy cerca unos de otros. La creación musical chilena muestra en verdad, un apretado haz de estilos y lenguajes diversos y aún opuestos. Los compositores de la vieja guardia empero, no cerraron el paso a los más jóvenes y gracias a esa comprensión, a la brevedad del tiempo en que nace y se desarrolla la composición musical y a la urgencia que ha habido de hacerlo todo, los lazos creados entre los compositores y los músicos en general han sido estrechos y correlacionan aspectos tan distintos como la amistad, la docencia, la actuación y lo administrativo. Por eso es que la desaparición de estos dos músicos ha puesto un profundo duelo en la vida musical del país.

Ambos acumularon méritos suficientes para que se les otorgara el Premio Nacional de Arte, este simbólico reconocimiento que la Patria ofrece a los héroes del espíritu. La Patria es parca, cuando no tardía, en reconocer y premiar a aquellos cuya obra gravita imperecedera en el tiempo y cuyos beneficios abarcan un número muy crecido de personas. ¿No es esto lo que puede decirse de la obra de Allende o de la de Bisquert?

En Pedro H. Allende, se unieron al talento creador, su inteligencia, su capacidad de estudio y sus extraordinarias dotes de profesor, condiciones estas que derramó como estímulo poderoso en sus discípulos. Los que fuimos sus alumnos no olvidaremos la avidez que se apoderaba de nosotros cuando en sus clases nos iba descubriendo los maravillosos secretos de la arquitectura musical. Corto de palabras, seco de modos a la vez que generoso, poseedor de una memoria prodigiosa, sabía transmitir con sencillez y elocuencia su vasto mundo de conocimientos y experiencias.

¡Pero Allende no fue sólo un maestro. Fue un innovador y el primero que deriva el camino hacia el impresionismo nacionalista entre nosotros; por entonces —y nos referimos a los años comprendidos más o menos entre 1912 y 1925—, sus Doce Tonadas y sus Escenas Campesinas, obras “modernistas”, hacían impacto profundo en el romanticismo de buena ley y buena factura de Enrique Soro. Las obras señaladas y otras más tuvieron, como es de suponerlo, más acogida en Europa que en su país, el cual debía acostumbrarse a este nuevo lenguaje. Sin embargo, al impulso auténtico y poderoso del impresionismo nacionalista de Allende —que por lo demás no se hallaba solo sino en compañía tan excelsa en Europa, como era la de Manuel de Falla—, el público fue, poco a poco, descubriendo en “su músico” la originalidad, la autenticidad y la hermosura de las fuentes vernáculas de nuestra música que a través del filtro mágico de un artista de verdad, pasaba a ocupar un sitio de honor en la música culta. Su intento, absolutamente bien logrado en todos los aspectos, abrió un ancho campo a otros compositores en orden a utilizar el folklore como posibilidad de grandes proyecciones.

Si su lenguaje se avenía mejor a las normas que le ofrecía nuestra herencia hispánica no descuidó la investigación del otro folklore existente en Chile; el araucano. Fue el primero en obtener grabaciones fonográficas de los indígenas y más aún hizo venir a Santiago un grupo de músicos de la región austral para que fuera escuchada su música directamente.

La extensa y profunda preparación técnica de Allende lo llevó también a la investigación en el terreno de la pedagogía musical. Sus trabajos en este orden, los que ilustró con composiciones adecuadas, tienen una importancia que exigiría su reactualización.

Bisquert, también representante del impresionismo en Chile, muestra un espíritu extrovertido, inquieto, lleno de imaginación y en el cual lo intuitivo prima sobre toda otra condición. Sus producciones evidencian que la técnica propia de este músico surgió de su sensibilidad y de su instinto mucho más que de un estudio sistemático. Lo poemático, por lo demás muy apropiado al impresionismo, surge en Bisquert espontáneamente y con aciertos felices. Su paleta orquestal, que manejó con suma destreza, logra efectos muy hermosos y de poderosa sugerencia, como por ejemplo, en sus Poemas Sinfónicos “El Cristo de Mayo” y “Taberna al amanecer”. Lo anteriormente expuesto a propósito del mecanismo interno en el proceso creativo de Bisquert y a su conformación espiritual explican su preferencia por las formas libres, sin cánones preestablecidos y que han

de salvarse por virtud del sentimiento más que por el conocimiento de la proporción, de la unidad y el contraste.

Su obra es casi en la totalidad sinfónica y podríamos imaginarla como encuadrada entre una producción lírica, "Sayeda" y sus piezas para piano. Estas últimas, que llevan el sello característico de su autor, han tenido gran vulgarización, pues en el programa de estudios para piano del Conservatorio Nacional, figuran como obras obligadas para los cursos.

Nos queda, a los que continuamos trabajando en la música, la obligación de difundir la obra de estos compositores. Y no es una "Coda" para concluir estas líneas lo anotado más arriba. Es realmente lamentable el escaso o nulo conocimiento que los chilenos tienen de la música de sus compositores. El concierto no es suficiente y debemos impulsar, como el medio más eficaz, para la divulgación de nuestra música, la grabación de discos. El trabajo se ha iniciado con éxito, pero debemos aumentar la dosis de la música de nuestros "clásicos".

A. L.